

La lección de Augusto

Barragán de la Parra, Rocío

2014

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/2082>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

La lección de Augusto

Por Rocío Barragán de la Parra

Hace unos días, Augusto, un compañero del área de Mantenimiento de la Universidad, acudió a mi oficina con la finalidad de apoyarme en la colocación de unos marcos; al iniciar su trabajo me ofrecí a ser su ayudante de manera que pudiera, de algún modo, auxiliarle en su labor; jamás imaginé que su respuesta me permitiría compartirles la lección que esa mañana Augusto me dejó.

No es necesario Maestra -me dijo-, estoy acostumbrando a resolver el trabajo; aunque sí sé que me puede ayudar porque me ha tocado participar en varios de los eventos que organiza desde su área y me ha tocado ver cómo los alumnos aprenden, cómo demuestran lo que han crecido en su profesión, los comentarios de sus familiares y amigos que se van bien contentos y sorprendidos de ver a los estudiantes desenvolverse profesionalmente; ¿sabe maestra? eso me inspiró y hace poco más de un año decidí meterme a estudiar inglés y los cursos que puedo tomar en la Universidad, entendí que nunca es tarde para prepararme y me gusta mucho lo que aprendo.

Mientras escuchaba a mi compañero inevitablemente pensé *“la palabra convence pero el ejemplo arrastra”*, el testimonio de Augusto fue como agua nueva para mi vocación docente e inmediatamente reflexioné en la importancia de comprender cómo todos los días podemos incidir en nuestros semejantes, no sólo a través de un curso formal impartido en el aula; sino a través de nuestras palabras y acciones.

Vivimos una gran crisis de valores que ha golpeado también el quehacer de las profesiones, sobre todo de aquellas donde el contacto con la persona es trascendental; así enfrentamos cada vez más el descrédito a sacerdotes, médicos y maestros. Vivimos en un clima enrarecido con una especie de desconfianza, descrédito e incredulidad, que ha puesto el ejercicio de éstas y otras profesiones *“a la defensiva”*; pareciera que ahora el derrotero fuera regido por la ley del menor esfuerzo, el individualismo, el hedonismo y el consumismo.

Agradezco tanto la presencia de Augusto en mi oficina quien sin saberlo, renovó mi esperanza y acrecentó el sentido de mi profesión comprometiéndome a contribuir, de manera más consciente y del modo más valioso conmigo, con mi entorno y con mis semejantes.